

# ATARDECER EN SAN IGNACIO

---

Autor: MIGUEL ÁNGEL FEDERIK

---

¡Oh alturas de Teyú Cuaré!  
guirnalda y lámpara de lapachos encendidos  
y este río que huele a luz de atardecer entre las islas.  
Desde tus piedras, un hombre de afilada soledad  
miró el edén, la despiadada lujuria de las resolanas  
y regresó a plantar su palmera, amurar el dintel,  
abrir con nafta y pala un sendero con pausa de duda  
hasta las aguas que arrastran limos,  
aparecidos, leyendas y jangadas.  
Trajo su mujer y su silla,  
y entre libros y lanchas, azadas, fonógrafos,  
brazales, orquídeas y proyectos,  
aquel hombre soñó una densa víbora  
que cercaba su casa.  
Asustó con tigres y tapires a una niña,  
Alfonsina de alcanfor, puntillas y palomas. Cepilló moldura  
y alféizar. Clavó su cama.  
Esbozó mapas estelares, cinturas de galaxia  
Y modeló arcilla, senos y palabras.  
Hizo el inventario del jesuita:  
lis, tijera, escapulario, crucifijo,  
goznes, chirimíes, candados y violines  
Y compartió mandubíes, lecturas y suicidios con Lugones.  
Tomo apuntes del cansancio, la locura,  
los venenos y amó las ramas del guavirabí,  
las siete cabritas a media asta  
entre su boca y las tinieblas.  
Se bañó en el Yabevirí de su cuento.  
Le demostró a Payró la fidedigna estatura  
de su temple. Fue cónsul, juez de paz,  
ceramista y navegante, navegante de las azules  
y terribles correderas de la desesperación  
y de la inteligencia.  
Un día Teyú Cuaré, ese hombre,  
desayunó con la muerte en Buenos Aires.  
Nosotros le llamamos Horacio Quiroga.  
Sabe Dios qué nombre de panambí o anaconda,  
le darán estos ángeles que me muestran  
San Ignacio y su casa esta lúcida tarde,  
que se demora en el aire de su propia transparencia.

